

Newton Compton Editores

Este libro es una obra de ficción y, excepto en caso de hechos históricos, cualquier parecido con personas reales, en vida o fallecidas, lugares o sucesos es pura coincidencia.

Título original: *How Not to Murder Your Ex*

© 2023, Katie Marsh

© 2024, de la traducción por Marcelo E. Mazzanti

© 2024, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: mayo de 2024

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)

www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-10080-03-4

Código IBIC: FA

DL: B 21.217-2023

Composición:

Javier Sánchez Meco

Diseño de interiores:

David Pablo

Impreso en mayo de 2024 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Katie Marsh

Cómo no matar a tu ex

Traducción de Marcelo E. Mazzanti



Newton Compton Editores
Barcelona, 2024

*A Isabelle Broom, con mi agradecimiento
por sus post-its alucinantes y tantas cosas más.*

Capítulo 1

Clio

De las tantas veces en que Clio se había imaginado matar a su marido, ninguna había sido como esta. Siempre evitaba pensar en lo que sucedía a continuación, evitando las imágenes truculentas que acompañarían al clic de un gatillo o el grito que seguiría a la caída de su cuerpo tras ser empujado por un acantilado. A fin de cuentas, nunca se había tomado en serio esas ensoñaciones, todo el mundo lo sabía; solo eran bravatas, su típica forma de quejarse de Gary. A los demás les resultaba divertido; la semana anterior su equipo de dardos hasta había colocado su foto en la diana para la partida de los viernes por la noche. Y Clio obtuvo una puntuación que condujo a la primera victoria de las Raging Bullseyes frente a las Dart Vaders desde hacía más de un año. Increíble lo que se puede llegar a conseguir con un poco de motivación extra.

Pero Clio no deseaba matarlo de verdad. Solo quería que se hiciera justicia: recuperar su casa, que la mitad de la empresa que habían creado juntos volviese a ser suya, que le devolviera hasta el último centavo que se había llevado. Pero no algo así. Ni siquiera Gary se merecía ese final. Se obligó a mirarlo de nuevo, totalmente inmóvil en medio del viento que rugía alrededor de la caravana en lo alto del acantilado y que se había convertido a la fuerza en su hogar. Mientras las ventanas de plástico duro traqueteaban, ahí estaba él, tumbado, la cabeza girada hacia un lado, los brazos extendidos en el último peldaño. Al pálido brillo de la luz de seguridad sobre la frágil puerta de entrada vio su pelo entre moreno y cano, el grueso cuello que asomaba de su camisa a cuadros, los anchos hombros bajo la chaqueta de cuero que siempre le había hecho pensar, equivocadamente,

que le daba la apariencia de un recluta de *Top Gun*. La sangre, espesa, formaba un charco a su alrededor, un halo macabro que teñía el peldaño de rojo.

Clio sabía lo que tenía que hacer. Durante su época como actriz ocasional, cuando tenía veintipocos años, había interpretado a una *runner* que descubría un cadáver en un episodio de *Casualty*, y ahora repitió lo que había hecho ante la cámara, forzándose a mover unas extremidades que no parecían dispuestas a cooperar. Se arrodilló, ignorando el fuerte crujido de sus rótulas, y apartó la cadena de oro que llevaba él para poder ponerle los dedos en el cuello.

Sintió una mínima esperanza, a pesar de lo evidente de la escena.

—¿Gary?

Buscó el punto donde debería notarle el pulso. No sintió nada. Ni ritmo ni vida.

Estaba muerto.

Incapaz de aceptarlo, apretó más, la muñeca contra la barbilla de él para girarle la cabeza más hacia el peldaño y alejando así su rostro ladeado. Por un instante se quedó sin aliento al ver la nuca empapada en sangre, el hueso partido que asomaba, astillas blancas claramente visibles contra la madera.

Echó un vistazo más, comprobó, rezó, por si acaso era otro de sus sueños provocados por la ansiedad, uno de esos de los que se despertaba a las «mátame de una vez en punto», sudando, maldiciendo y más caliente que el centro de la Tierra. Pero el frío que sentía ahora en la piel le dijo que aquello no era un sueño. Eran las 5:30 h del día en que cumplía los cuarenta y cinco, y su marido, al que odiaba, estaba muerto ante su puerta. Y, peor aún, no se trataba de un accidente. Alguien lo había matado, lo había asesinado y lo había llevado allí.

Ahora que el *shock* iba disminuyendo, se le estaba empezando a revolver el estómago. Se alejó del cuerpo y se apoyó contra la caravana. Los pensamientos le daban vueltas como remolinos en la cabeza. Al ir allí dando tumbos, aquello era lo último que hubiera esperado ver. Por un instante se preguntó si no podía haberlo matado ella misma. Quizá las margaritas letales de Am-

ber la habían llevado al límite; que alguien te prepare un cóctel mientras baila la Macarena siempre supone un riesgo.

Se relamió los labios salados e intentó recordar. Sabía que había salido de la caravana durante la estridente interpretación de Jeanie de *Wuthering Heights*, impulsada tanto por la necesidad de tomar el aire como por la incapacidad de afinar de su amiga. Se había dirigido hacia la playa; quería sentir cómo la espuma del mar le rociaba el rostro ardiente, y esperaba llegar antes de estallar en llamas. Pero a partir de ese momento, nada: como le sucedía tantas veces últimamente, un agujero negro ocupaba el lugar donde debería haber un recuerdo.

Lo único que sabía con seguridad era que había llegado a su destino, ya que se había despertado hacía media hora de bruces en una duna y con un paquete de patatas vacío a su lado. Todo un milagro: a pesar del viento, la oscuridad y un nuevo récord de nivel de alcohol en sangre, había logrado mantenerse en el estrecho camino que seguía el borde del acantilado y evitar los peligros de la Caída de la Muerte, que tenía el dudoso honor de ser el lugar preferido para suicidarse de todo el sur de Inglaterra.

Haber sobrevivido a todo eso solo para encontrarse ahora ante aquel panorama era más que increíble. Pero ahí estaba ahora, con el cadáver de su marido a sus pies. Hasta entonces creía que dislocarse un hombro mientras se ponía el sujetador iba a pasar a la historia como el peor cumpleaños de todos los tiempos, pero estaba claro que la vida siempre te guarda nuevas sorpresas.

Tembló, apenas consciente de que un pijama de Miss Traviesa no era el vestuario ideal para descubrir un cadáver una mañana tormentosa de febrero. Sus amigas también los llevaban dentro de la caravana; era una de las tradiciones de sus cumpleaños, igual que el karaoke y los ganchitos de queso de la tienda de la esquina que hacían que los dedos les brillaran en la oscuridad. Deseó poder viajar atrás en el tiempo y quedarse en la caravana, ser solo la «jovencita» cumpleañera que presencia una interpretación abominable del clásico de Kate Bush, la mujer traicionada que reconstruye su vida a base de un horroroso trabajo temporal tras

otro. Ahora, en cambio, era la posible asesina ante el cuerpo del hombre que le había quitado todo lo que tenía. La policía no iba a dudar más de diez segundos en esposarla y encerrarla.

¿Podía haberlo hecho ella? A pesar de la niebla que tenía en la cabeza, lo recordaría. Se examinó las manos; no encontró marcas, moratones ni sangre. Miró a su alrededor; no vio ningún arma. Pero quería asegurarse, tener una explicación preparada para el inevitable interrogatorio de la policía en alguna sala infernal con la clase de iluminación que le haría parecer candidata a una residencia de ancianos.

Se cubrió la cabeza con las manos, escuchó el golpeteo rítmico de las olas muy abajo y se concentró en dar con alguna pista, con algún momento, con el destello de algo que pudiese absol-verla.

Tenía la mente tan vacía como la cuenta del banco. Para el caso, podía comprarse una camiseta que dijera PRINCIPAL SOSPECHOSA. Para la policía la historia sería muy sencilla: una esposa agraviada que descubre el cadáver de su marido y dice no recordar dónde estaba cuando lo mataron. Iban a tirar la llave.

Casi oyó el clanc de las puertas de la cárcel. Se esforzó por respirar, pero sentía cada vez más náuseas. Se levantó y vomitó, compartiendo la mayoría de los margaritas de la noche anterior con la maceta de narcisos tempranos que había traído Jeanie para «alegrar la entrada».

Pero después de que ya no le quedase nada en su interior siguió encorvada, con las manos en las rodillas. Sucedió algo extraño. Durante todas las noches que había pasado odiándolo e insultándolo, nunca se había imaginado cómo se sentiría si Gary muriera, cómo quizá se le llenarían los ojos de lágrimas y desfilaban en su mente, uno tras otro, los buenos momentos, dejando de lado los malos.

Volvió a temblar un segundo, a punto de echarse a llorar. Pero entonces oyó un crujido, que quizá fuese una pisada, en el camino de gravilla que cruzaba el centro del aparcamiento de caravanas. Se le erizó el vello de la nuca y escudriñó la oscuridad. No vio a nadie, pero no llevaba las gafas, así que eso no quería decir mucho.

El día anterior, en la ducha, había cogido la botellita equivocada y se había exfoliado el pelo por accidente.

El pulso se le disparó. Tenía que hacer algo antes de que quien fuera viese el cadáver. Por mucho que estuviera en un extremo del aparcamiento, escondida tras los contenedores de basura, en cualquier momento podía aparecer alguien. Con la gente de por allí nunca se sabía. La semana anterior, la mujer de la nueve se había puesto a revolver en el contenedor a las seis de la mañana, por lo visto en busca de su pasaporte. Por tanto, Clio no podía quedarse ahí parada: tenía que hacer algo rápidamente, antes de que la viesen con el muerto y llamaran a la policía. Nunca saldría de la cárcel. Moriría allí, desdentada, lamentándose, sola. «Mi madre era una asesina –diría Nina, su hija adolescente, mientras vendía su cuerpo en las calles para costearse una adicción creciente a la droga–. Era inevitable que yo acabara así».

Por supuesto, Clio sabía que lo que debería hacer era entrar en la caravana, buscar el teléfono y llamar a emergencias. Pero en su mente floreció una alternativa, que le daría tiempo a averiguar qué había hecho las últimas horas, tiempo de demostrar –al mundo y a sí misma– que no había matado a Gary Goode.

Ese era el problema: estaba muerto a la entrada de su casa. Y dado que ella estaba en paradero desconocido cuando apareció el cuerpo y dado todo lo que había sucedido entre ellos, ¿quién diablos iba a creerse que no había sido Clio quien lo había dejado allí?

La lluvia eligió justo ese momento para empezar a caer con fuerza. Perfecto.

Se irguió.

–Feliz puto cumpleaños, ¿eh, Gary?

Se tambaleó un momento; la sangre le subió a toda velocidad a la cabeza. Tenía un plan, pero aunque se encontrara perfectamente le hubiese resultado difícil llevarlo a cabo. No quería arrastrar a sus amigas, pero necesitaba ayuda. Necesitaba cómplices en plena forma física y mental. Necesitaba a James Bond, a Luther y a un montón de Avengers.

Pero lo que tenía a mano era un par de cuarentonas borrachas roncando en el suelo de su casa. Tenía a Amber y a Jeanie.

Tendría que arreglárselas con ellas.

Pasó por encima del cadáver de su marido y entró a despertar a sus amigas.

Capítulo 2

Gary

8:30 h. Diecinueve horas antes de morir

El día en que iba a morir, Gary Goode se despertó sintiéndose más complacido consigo mismo de lo habitual. Esperó un momento antes de abrir los ojos y se concentró en cómo las sábanas de seda le besaban la piel y en el aroma de los lirios que le llegaba desde el majestuoso jarrón de bronce que reposaba en la repisa del hogar de piedra, a su izquierda. Había llegado lejos. Se había saltado todos los obstáculos, como siempre, y había aterrizado en una cama con dosel, en un hotel de campo tan lujoso que iban a dedicarle un documental. Gary siempre supo que tenía el mundo a sus pies. ¿Qué más pruebas necesitaba?

Se estiró y deseó poder presumir abiertamente del lugar en el que se encontraba. Pero debía mantenerlo en secreto, así que en vez de eso se dedicó a contemplar satisfecho la espesa cabellera, del color de la miel, de la mujer que dormía a su lado. Cherie era una fantasía hecha realidad, con su metro setenta y cinco, toda curvas, piernas largas y piel morena; en cuanto la conoció, seis meses atrás, decidió que tenía que hacerla suya. Qué importaba si su marido, Marshall Fernandez, era con mucho su cliente más adinerado. Qué importaba si Gary ya vivía con otra, Denise. O que aún estuviera casado con Clío, alias su peor error, porque no estaba dispuesta a aceptar las cláusulas de un muy razonable acuerdo de divorcio. Él era Gary Goode, y supo que no tardaría en conseguir a Cherie.

Como siempre, estuvo en lo cierto. Una de las muchas ventajas de tener clientes ricos era la cantidad de tiempo que pasaban bebiendo champán en primera clase. Al poco Marshall salió del país

por negocios, y le encargó que llevara a Cherie los nuevos retoques del proyecto de remodelación de su casa. Gary no tardó ni una hora en aprovechar la ausencia del empresario para beneficiarse a su esposa encima de la mesa de diez mil libras de la cocina.

Por supuesto, Cherie quiso repetir, como todas, y él no tuvo ningún problema en aceptar. Ahora, mientras pasaba un dedo explorador por la mejilla de ella, miró el elegante reloj de pared con ristas de hojas de hiedra y querubines dorados. Le quedaban treinta minutos antes de tener que acudir a su primera cita del día. Tiempo de sobra. Sería una lástima, casi criminal, desaprovechar la ocasión.

Cherie seguía con los ojos cerrados, así que volvió a intentarlo. Esta vez su mano le resiguió la curva de la cadera hasta el muslo. Se inclinó a besarlo.

Eso sí despertó su atención.

–Buenos días. –Esa sonrisa dormida, unos labios amplios, la lengua rosa asomando tras los dientes de un blanco deslumbrante.

–Buenos días, *Chérie*. –Pronunciaba el nombre de ella en francés: le encantaba presumir de su lado cosmopolita.

Ella lo miró con sus grandes ojos de color verde claro. Hasta sus bostezos resultaban de lo más sexi.

Siguió acariciándole la sedosa cadera. Estaba claro que todas esas lociones en envases de tapón dorado que llevaba ella en su neceser de Chanel funcionaban. Clío nunca se había tomado la molestia, por mucho que él le insinuara delicadamente que estaba descuidando su aspecto. Mientras Cherie se arqueaba hacia él, Gary se preguntó cuánto le costarían todos sus productos y tratamientos de belleza. Desde luego, podía permitírselo: era diseñadora de una de las marcas de ropa deportiva más vendidas, casada con su novio de juventud, que a su vez y de forma totalmente casual había creado de la nada su propia empresa también de ropa deportiva, Printz. Su mansión valía diez millones de libras, sin contar cocheras, cabañas y establos esparcidos por el terreno. Cuando consiguió su primera reunión con Marshall, Gary supo que trabajar con él sería su pasaporte a la clase de clientes que anhelaba. Por fin alcanzaría el destino para el que había nacido;

haría de gurú de diseño para los ricos hasta llegar un día a ser uno de ellos.

Clio seguía insistiendo en que había conseguido el contrato gracias a ella, que lo decisivo habían sido sus ideas, pero eso era muy típico de ella: siempre intentaba quitarle méritos a Gary. La verdad era que él llevaba años planeando todo aquello. De adolescente, sentado en su pequeño dormitorio, contemplando aquel horrible edredón azul marino y blanco de segunda mano, siempre supo que llegaría a lo más alto. Comprendía que el adosado mohoso que sus padres llamaban alegremente hogar no era más que la pista de despegue para el adulto en el que él se convertiría; no era más que algo que mantener en secreto, no era más que un lugar del que huir.

Cierto, le costó un poco encontrar su camino, pero fue por culpa de sus padres, siempre tan felices, contentos con sus vidas de trabajo duro y té y *fish and chips* los viernes; les encantaba encajar, ser «normales», tener la clase de ocupaciones en las que no se fija absolutamente nadie. Su padre limpiaba carreteras. Su madre estaba empleada en una peluquería en la que nadie dejaba propina. Cuando murieron, uno seis meses después que el otro, Gary ni siquiera lloró. A fin de cuentas, no tenía nada en común con ellos. Eran su pasado.

Las mujeres como Cherie eran su futuro.

–Cariño...

Volvió al presente: sábanas de seda y la luz del sol y una mujer que era la protagonista del anuncio de televisión de su propia línea de trajes de baño.

–¿Sí?

Ahora tenía toda la mano en ella y movía los dedos con un ritmo constante; modestia aparte, se la estaba trabajando a fondo. La noche anterior Cherie se había demostrado más que capaz de hacer lo propio. Y no solo eso, sino que también le había ofrecido cotilleos de lo más jugosos. Durante los últimos meses, esas indiscreciones de ella le habían resultado muy útiles: le había hablado de amigas insatisfechas en busca de nuevos diseñadores y perspectivas, lo que le ofreció una ventaja respecto

a su competencia a la hora de deslumbrarlas con sus ideas. No eran líderes, desde luego, pero iban a compensar a largo plazo, o como fuera que lo decía Clío.

–Gary... –susurró Cherie, su espalda aún arqueada, claramente a punto de correrse.

–¿Sí?

Empezaba a dolerle el dedo medio, pero podía seguir, era lo bastante hombre. Debería haber máquinas de gimnasio para eso, con pesas pequeñas, para aumentar la resistencia. Tenía que darle vueltas en serio a la idea; podía ser su próximo imperio. ¿Cómo lo llamaría? ¿«El toque mágico»? Algo así. Incluso ahora, mientras daba placer a todo un bellezón, no podía dejar de lado su espíritu empresarial.

–Gary...

–¿Sí? –Deseó que Cherie se callara de una vez. El tiempo pasaba. Era totalmente partidario de la igualdad, y eso significaba que después le tocaba a él.

Ella lo besó.

–Creo que tendríamos que poner un acuario. Al lado de los fogones, bajo los azulejos sicilianos. Me encantaría ver nadar a los pececillos mientras cocino.

Gary suspiró para sus adentros. Él dedicándole todos sus esfuerzos, y Cherie solo quería hablar de trabajo. Apartó el dedo y lo movió en círculo para desentumecerlo.

–Esa es una gran idea.

No lo era. ¿Peces al lado de los fogones? Se iban a morir a la primera que alguien se pusiera a freír. Pero quizá pudiera poner el acuario en algún otro lugar. Intentó recordar cuáles eran los planes actuales. En ese momento se estaba encargando de cinco proyectos, todos clientes ricos con una lista de deseos infinita. Uno de ellos hasta se había hecho traer una encimera de mármol de Asia bendecida por el dalái lama o alguna gilipollez por el estilo.

Volvió a mirar el reloj. Se le acababa el tiempo, y no podía perderse esa reunión. Otro día, otro cliente millonario; esta vez era el hermano de Marshall, Johnny, que quería ampliar y rediseñar del todo el interior de su nueva casa. Las conversaciones previas

habían sido positivas, y Gary no tenía dudas de que acabaría recibiendo el encargo formal. Y lo necesitaba: sin el depósito, los plazos que había marcado la semana anterior se irían al garete. Pero sabía que podía conseguirlo. Su empresa, Looking Goode, tenía un gran futuro. Chúpate esa, Clio.

Su pareja suspiró y se retorció un rizo con una de sus uñas de color rosa brillante y que él había confiado que a esas alturas Cherie le estaría bajando por la espalda. Pero, en fin, el deber es el deber. Primero los negocios, después el placer: tenía un imperio que construir.

—¿Te gusta? Lo sabía. —Su voz grave era digna de una línea erótica. Gary tenía autoridad para afirmarlo, después de los años pasados en mitad de la nada con Clio y su odiosa costumbre de solo-una-vez-por-semana. No había sido culpa suya tener que buscar en otras partes.

—Me encanta. —Ya se le ocurriría algo—. En el despacho lo incorporaré a los planos. —Le dedicó una última mirada, pero ella estaba contemplando el techo, siguiendo a peces imaginarios. En fin, cada uno tiene sus gustos, eso lo sabía desde hacía mucho.

Dedujo que en ese momento no iba a obtener lo que deseaba, así que se incorporó, dispuesto a sacar las piernas de la cama. Una ducha y el excelente café turco del hotel lo arreglarían todo: la forma casi perfecta de comenzar la jornada.

Pero entonces aparecieron las manos que tiraron de él para que volviera a acostarse, deseosas, necesitadas. Le quedaba tiempo para una faena rapidita. Sabía adaptarse a las circunstancias, tenía una solución para todo. Era capaz de arreglar cualquier problema, de superar cualquier reto. Nada podía hundirlo durante mucho tiempo.

La besó apasionadamente. Al separarse vio en ella la sonrisa que decía «ven aquí», «sí» y «ahora mismo», todo a la vez. Las yemas de los dedos en su piel. Las piernas que se abrían mientras él bajaba. Le frotó el cuello con la nariz a modo de juegos previos. Le dio placer oír cómo ella se quedaba sin aliento.

Estaba tan ocupado en su propio placer que no oyó el susurro de las cortinas detrás mientras lo enfocaba la cámara de vídeo de

un móvil. Y un minuto más tarde tampoco vio la silueta que desaparecía silenciosa por entre la pesada seda, salía por la ventana y bajaba por la cañería del desagüe hasta el parterre de rosas.

Gary Goode estaba demasiado ocupado gobernando su mundo propio como para fijarse en nada más. Tenía una mujer guapa que suspiraba su nombre. Tenía un negocio próspero y con mucho futuro. Se había recuperado de una catástrofe financiera que hubiese hecho tirar la toalla a cualquier otro. Así que siguió cabalgando hacia la gloria, ajeno a la persona que ahora se dirigía discretamente, sonriendo mientras comprobaba la grabación, al coche que le esperaba.

Gary Goode iba a morir aquel día, pero estaba muy ocupado haciendo de protagonista de su propia historia como para prestar atención.

Capítulo 3

Jeanie

–Jeanie.

Jeanie se dio la vuelta, apartándose de la voz. Unas horas más de sueño. O días. Era lo único que necesitaba para volver a ser humana.

–Jeanie. –La llamaban en voz baja, urgente, lo contrario de los gritos taladrantes de sus mellizos; debían de estar bien, para variar, así que ella podía volver a dor...–. JEANIE. TE NECESITO.

–Siquepasacomopuedoayudartequepuedohacer.

Se incorporó como impulsada por un resorte y se quedó sentada, preguntándose por qué tenía un micro de karaoke en la mano. Le acudieron vagos recuerdos de cantar *Reach* a pleno pulmón, de hacer su imitación de Vanilla Ice, de comer palomitas de microondas y reírse con los peinados adolescentes de un viejísimo libro anual del instituto.

Y hubo también... ¿tequila? Soltó un gruñido. No era de extrañar que se sintiese como a las puertas de la muerte. En sus tiempos era capaz de beber hasta que todos los demás acabaran por los suelos, pero ahora la que acababa por los suelos era ella.

Dormir más. Volvió a tumbarse.

–JEANIE.

Ahora una mano la sacudía. Abrió los ojos y contempló la expresión de Clio. Al instante le cogió la mano, ignorando la sensación de náusea en la boca del estómago, los gritos de piedad de su cabeza.

–¿Qué pasa?

–Es Gary.

Nunca había visto a Clio tan pálida, ni cuando Gary se lio con Denise, la periodista jovencita a la que habían mandado a entre-

vistarlos a los dos para el periódico local, ni cuando Clio descubrió que Gary había pedido una segunda hipoteca sobre la casa sin decírselo, ni siquiera cuando Gary consiguió que el consejo de dirección la despidiera de Looking Goode, la empresa que habían creado los dos con el dinero de ella.

Jeanie entrelazó los dedos helados de Clio con los suyos. Su amiga estaba empapada y temblando.

—¿Por qué estás tan fría? —Clio agitó la cabeza. Las lágrimas le hacían brillar los ojos azules—. ¿Qué pasa, querida?

Silencio. Eso era una mala señal. Clio siempre tenía algo que decir. Era especialista en soltar sus verdades por poco que el mundo estuviese dispuesto a escucharlas.

Le arregló un mechón de pelo color escarlata que le caía a su amiga, recogiénoselo detrás de la oreja. Las puntas azules se habían vuelto negras con la lluvia.

—Vale. —Empezaba a despertarse de verdad. Los mellizos la habían acostumbrado a pasar del sueño a la histeria en apenas un minuto—. Muéstrame qué es lo que ha hecho ahora.

—Yo... —Pero Clio no supo cómo seguir la frase.

Jeanie se dio impulso para ponerse en pie. Tuvo que agarrarse al hombro de Clio porque la habitación le daba vueltas.

—Por Dios, ¿cuánto bebimos anoche?

—Demasiado.

—Cierto. —Jeanie se apretó las sienes—. ¿Lo que sea que haya hecho Gary está fuera?

—Sí, pero...

Jeanie dudó.

—No será en la playa, ¿verdad? Porque el viento suena muy fuerte y no me veo capaz de llegar...

Clio negó con la cabeza.

—No. Está en la entrada. Quiero decir, que...

—Vale, voy a mirar.

Jeanie fue dando tumbos hasta la puerta.

Clio intentaba frenarla; le estaba clavando sus gruesos anillos de oro en los dedos.

—No, sería demasiado fuerte para ti. Tengo que...

–No pasa nada. –Jeanie estaba segura de poder enfrentarse a lo que fuese. Y Clio tenía tendencia a ser muy dramática, producto de sus años haciendo de secundaria en culebrones de la tele y de actuar en las obras navideñas del *pub*.

–Pero...

–Tú muéstramelo y ya está.

El estómago de Jeanie empezaba a protestar. Vio las botellas vacías en la pila y le dieron ganas de vomitar. A juzgar por el estado de su columna aquella noche había bailado mucho, y el cuello le dolía tanto que le costaba mirar abajo.

Se detuvo.

–¿Dónde está Amber?

–No lo sé. –Clio se encogió de hombros–. Igual se ha ido.

–Lo dudo. –Joanie asió el pomo–. Cuando saliste se puso a cantar *Wired for Sound*, y eso solo lo hace cuando va muy pasada de vueltas. Puede que haya salido a dar un paseo.

Abrió la puerta, pero el viento volvió a empujarla hacia dentro.

Volvió a intentarlo. Esta vez alcanzó el peldaño superior. No había más que oscuridad.

–¿Qué se supone que tengo que ver?

La lluvia caía con tal fuerza que apenas distinguía la punta de su propia nariz.

Clio fue a su lado y señaló hacia abajo.

–Ahí. Mira.

–¿El qué? ¿Dónde?

–¡Abajo!

Jeanie le siguió el dedo. El dolor del cuello la obligó a inclinarse para ver el peldaño inferior. Al momento deseó no haberlo hecho.

–Dios mío. –Ahora sí que iba a ponerse mala–. Es...

–Sí.

Clio bajó de un salto y empezó a caminar en círculos. Jeanie se disculpó mentalmente con los narcisos y vomitó. Clio parecía ignorar la lluvia que la envolvía.

Jeanie se limpió la boca con la mano.

–Es Gary.

–Sí.

Jeanie tembló.

–Y está...

No fue capaz de volver a mirar.

–Muerto, sí.

–Dios mío.

–Sí.

–Pero ¿quién...? –Jeanie intentó erguirse, pero la cabeza le daba vueltas. Gary estaba tan inmóvil, tan cubierto de sangre...–.

¿Cómo? ¿Quién...?

–¿Quién ha sido? No lo sé. Quizá yo. –Clio soltó una risita aguda, histérica–. No tengo ni idea. No recuerdo nada.

–¡Chiiist! No digas eso. –Jeanie se dio la vuelta en el peldaño, para darle la espalda al cadáver, tratando de aparentar que tenía el control de sí misma–. Alguien podría oírte.

–Pero puede que haya sido yo. En serio.

Jeanie notó el pánico en la voz de su amiga y deseó tranquilizarla. Tenía que ignorar su propio cuello, ignorar la resaca. Tenía que ayudar. Consiguió incorporarse del todo y posó una mano en el hombro de su amiga.

–Esto no lo has hecho tú, Clio.

–¿Y tú cómo lo sabes? Yo misma no lo sé. –El pánico brillaba en sus ojos–. No recuerdo dónde estaba, Jeanie. Y él está aquí, donde vivo, así que quizá...

Jeanie la abrazó. Fue lo único que se le ocurrió. La verdad es que ella también necesitaba unas manos que la rodearan. Contacto humano. Normalidad.

Al separarse vio que Clio se estaba mordiendo el labio como siempre hacía, con voracidad, una ardilla con una nuez recién cogida. Jeanie se sabía todos los gestos típicos de su amiga. Las tres –Clio, Amber y ella– eran amigas desde que habían compartido horas y horas cuando en el colegio nadie las elegía para su equipo. Cinco años paradas al frío helado, sintiéndose invisibles. Cinco años haciendo como si no les importase lo que el mundo pensara de ellas y viendo solo lo mejor la una de las otras. La clase de trío que nada ni nadie podría separar.

Acabada la escuela, de una forma u otra las tres regresaron a Sunshine Sands, que tenía la deprimente distinción de ser el pueblo costero del Reino Unido con más lluvias. Tras unas cuantas proclamaciones a gritos adolescentes de irse a América a vivir las vidas de lujo que veían en los programas que devoraban en la tele por cable, no llegaron a hacerlo nunca. No se fueron a Los Ángeles, no se toparon con Leonardo DiCaprio y no se casaron con él como habían planeado. «Él se lo pierde –se decían entre risitas mientras tomaban té y patatas en la cafetería de la playa y los veinte se convirtieron en los treinta y los treinta en otras décadas que preferían no mencionar–. Podría habernos tenido a nosotras, pero solo ha conseguido una supermodelo tras otra y un Oscar. Pobre Leo».

–En serio, Jeanie, igual he sido yo.

Contempló aquella masa de huesos y sangre. No sabía mucho de nada, pero sí que Clio era incapaz de matar a nadie.

–No. Te conozco. Es imposible que esto lo hayas hecho tú.

Clio se apoyó en ella.

–¿Estás segura?

–Sí. –Pensó un momento–. A ver, estabas tan borracha que casi ni podías cantar, y mucho menos hacer esto. –Señaló el cuerpo a sus pies–. Además, eres como eres. Coges a las arañas y las sacas de casa. Reciclas. Das clases gratis de zumba en el centro comunitario. No eres una asesina.

–Pero sí que estaba fuera cuando pasó. Debí de quedarme inconsciente. Va a parecer que sí que fui yo. –Andaba en círculos cada vez más rápidos.

–No. Vamos a llamar a emergencias, vendrá la policía y ya averiguarán ellos qué pasó.

Iba a sacar el móvil, y entonces se dio cuenta de que no lo llevaba encima.

–No. –Clio negó con la cabeza. Las gotas de lluvia dejaban regueros en sus mejillas–. No llames aún.

–¿Y por qué no?

–Porque... –Su expresión era desesperada. Le recordó a cuando se había puesto de punta en blanco para el baile del instituto, solo

para ver cómo el chico que le gustaba le metía mano por debajo de la falda a la encargada de material durante la primera canción... porque tengo que esconder el cadáver.

—¿Qué? —Jeanie se llevó una mano a la oreja; debía de haber oído mal.

Clio gritó:

—¡Que tengo que esconder el cadáver!

Ah, pues no había oído mal.

—¿Por qué?

—Porque me van a encerrar, Jeanie. Necesito tiempo para demostrar que yo no fui, y...

—No. —Jeanie tenía que acabar con aquella idea—. No podemos esconderlo, Clio. Entonces sí que cometeríamos un delito. —Necesitaba convencerla—. Mira, entiendo que la situación es todo un *shock*, pero esconder el cadáver sería una locura.

Clio seguía muy tensa, respirando a bocanadas muy cortas.

Jeanie volvió a intentarlo.

—Llamemos a emergencias. Ya.

Clio negó de nuevo con la cabeza.

—No puedo. Necesito más tiempo.

—No. —Jeanie odiaba llevarles la contraria a sus amigas: siempre era la que se quedaba para una última copa que no le apetecía, o la que conducía kilómetros para ir a ver una peli que sabía que no le iba a gustar; pero aquello era demasiado—. No podemos, Clio. Nos meteríamos en problemas de todo tipo. Y tengo a los mellizos, así que...

—¡Y yo tengo a Nina! —Clio echó la cabeza hacia atrás, con el mismo gesto teatral que cuando interpretó a Éponine en una función de *Los miserables* en el instituto, sin dejar de cantar mientras las débiles barricadas caían literalmente detrás de ella—. ¡Es por eso mismo, Jeanie! O sea, Nina me necesita. No puedo dejarla, sobre todo después de lo que le hizo Gary.

Al cerebro de Jeanie le costó seguir el hilo: que ella supiera, Nina, la hija de Clio, ya no mantenía ningún contacto con su padre adoptivo, Gary.

—¿A Nina? ¿Qué le hizo?

–Ayer supe que él... –Pero agitó la cabeza y empezó a arremangarse el pijama empapado, preparándose para ponerse en acción–. Bueno, ¿vas a ayudarme o no?

Jeanie miró a su amiga y sintió como si la atravesara una punzada de amor. Clio era toda una miniserie en sí misma, pero también indómita y leal, y absolutamente siempre había estado ahí cuando ella la había necesitado. Fue Clio quien la llevó a la última visita de la fecundación *in vitro*, la única que creyó que por fin iba a salir bien. Y fue Clio quien perdió todos sus ahorros, la casa y el trabajo por culpa –y pidió perdón mentalmente por hablar mal de los muertos– del cabrón de Gary. Y ahora hasta podía perder la libertad.

–Yo...

–Voy a moverlo. –Clio se situó frente al cadáver–. ¿Me ayudas? Jeanie intentó ganar tiempo.

–¿Qué tenemos que hacer?

–No lo sé. ¡Nunca he hecho algo así! Mi coche. Metámoslo dentro.

Jeanie frunció el ceño.

–¿Va a caber? Es un poco grande para un Fiat 500.

Sintió una explosión de adrenalina en el estómago, normalmente reservada a cuando los mellizos se caían por las escaleras. No podía hacerlo.

–Pues vamos a tener que hacer que quepa. Por favor, Jeanie. –Le tembló la voz.

El miedo en los ojos de Clio. Eso fue lo que la hizo decidirse. Nunca había visto a su amiga aterrorizada. Alzó los brazos.

–Vale, vale.

Tenía que ayudarla. Clio y Amber eran sus amigas del alma. Habían compartido cumpleaños, travesuras de adolescentes, lamentos y lloros por cuestiones de tíos, de padres, de jefes arrogantes, de tetas que se caían y culos que se ensanchaban. Habían comido juntas, vomitado juntas, viajado juntas con el Interrail, compartido vestuarios, errores, tranquilizantes y curas para la resaca. Las tres eran un equipo. Una familia.

Y Gary Goode no iba a volver a arruinarle la vida a Clio. No si Jeanie podía hacer algo al respecto.

–Muy bien. Yo lo cojo por la... –miró la cabeza y se echó atrás– por las piernas.

Se acercó a estas, temiendo desmayarse. La lluvia le aplastaba el pelo contra los ojos, y quizá mejor que así fuera.

–Vale. –Clio se situó sobre la cabeza machacada–. Gracias.

–De nada.

Jeanie bajó las manos hacia los tobillos de Gary. De repente se le ocurrió que ojalá hubiese bebido aún más. Temblaba y el terror le consumía los pensamientos. Pero, caramba, había dado a luz. Dos veces. Seguidas. Podía con lo que fuera.

Un trueno resonó en la lejanía. Qué apropiado.

Clio se puso en cuclillas.

–A la de tres. Una, dos...

–¡ALTO!

Las dos se quedaron paralizadas. Reconocieron la voz.

Esperaron con las cabezas gachas mientras Amber salía y se unía a ellas.

Capítulo 4

Gary

9:30 h. Dieciocho horas antes de morir

Del todo ajeno a las imágenes que acababan de filmar de él por la espalda con las manos en la masa, Gary, duchado, vestido y embadurnado de Boss, llegó a tiempo a la reunión con Johnny Fernandez. Tras pasar por las puertas de la verja metálica detuvo el coche y tecleó un mensaje en el pequeño móvil gris antes de apagarlo y devolverlo a su escondrijo. Sonrió, satisfecho. Aquel mismo día iba a tener el dinero. No eran ni las diez de la mañana y ya estaba a punto de triunfar.

Las ruedas de su MG rojo pisaron la gravilla blanca del sinuoso camino. Pasó junto a un seto esculpido con la forma de un elefante a tamaño real y siguió hasta «El Magisterio», una enorme casa parroquial del siglo XVII que parecía rogarle que la pusiera al día. Era como un lienzo deshilachado: hiedra que se había extendido por todo el lado este, hojas verdes contra paredes del color de la miel, ristras de rosas de invierno por las columnas que se estrechaban a medida que subían a ambos lados de los impresionantes peldaños frontales. Lo primero que iba a hacer era arrancar todas esas plantas para crear las líneas claras y limpias que prefería. Quizá también podría cambiar la entrada por una de cristal, para mayor impacto. En fin, ya exploraría más las posibilidades en cuanto Johnny, el propietario, firmara en la línea de puntos aquel mismo día.

Antes de salir del coche contempló su reflejo en el retrovisor. Se sintió orgulloso de lo que vio. Desde que había alcanzado la cuarentena, hacía más tiempo del que estaba dispuesto a admitir, era muy puntilloso en cuanto a conservar su buen aspecto,

algo más importante que nunca desde que era el único dueño de Looking Goode, sin Clio que lo agobiara con sus molestas naderías, ese pelo tan rebelde y su gusto tan terrible en cuanto a pañuelos. Se ajustó el cuello de la camisa. Su imagen ayudaba a que las presentaciones fueran memorables, igual que la flotilla de furgonetas de la empresa –que aún no había pagado– y el equipo que había contratado para diseñar recorridos virtuales como el que iba a mostrar al cabo de un rato. Ahora que se había sacado de encima a Clio, la empresa merecía contar con todo lo mejor. Era una inversión que acabaría proporcionándole grandes dividendos.

Subió por los anchos escalones. Se sentía poderoso con su traje azul marino preferido. Al alcanzar la imponente puerta principal negra sintió como si lo estuvieran observando y se volvió de repente, intentando coger por sorpresa a quienquiera que fuese. Un gato atigrado caminaba por el capó del coche, rayando con sus garras la pintura que Gary enceraba en persona cada domingo por la tarde; era su equivalente de asistir a misa.

Murmuró un taco. Nadie tocaba ese capó excepto él mismo. Era terreno sagrado, como el estadio de Wembley o las pistas de Wimbledon.

–¡Quita de ahí! –le siseó al animal, que se resistió a moverse.

Bajó los escalones y lo levantó por el pescuezo cuando oyó una voz.

–Gary, hooola. –El hombre alargó esa última palabra hasta que pareció tener diez sílabas.

Gary tomó nota mental: acento de pijo de colegio privado. Se volvió y ofreció su mayor sonrisa.

–Hola, Johnny.

–¿Qué haces con mi gato? –Se cruzó de brazos, los ojos ocultos tras gafas oscuras de aviador.

Era muy diferente a su hermano Marshall: delgado, mientras que el otro tenía el ancho de un culturista; vestido con una camiseta blanca ajustada, mientras que el otro llevaba siempre camisas con dibujos extravagantes. Aunque también había parecidos: las mejillas, el anillo de los Fernandez en el meñique, la forma en que exudaba dinero desde sus caros zapatos hasta su ostentoso reloj

Carrera. Debía de estar muy bien eso de vivir de una herencia; el padre de Gary solo le había legado sus pecas y la alergia a la hierba recién cortada.

Para ser justo, Johnny también había tenido momentos malos, no solo buenos. Había arruinado la empresa de transportes de su padre, para resurgir después como inventor del chip Fernandez, usado actualmente en *smartphones* del mundo entero. Las acciones de su compañía, Fernandez Tech, no dejaban de subir en la Bolsa. Johnny era la clase de cliente que necesitaba Gary, la clase de cliente que merecía Looking Goode.

Se dio cuenta de que Johnny estaba esperando una respuesta a su pregunta, con una ceja alzada.

–Estaba saludándolo. –Intentó acariciarlo, pero el animal soltó un maullido tan fuerte que él no pudo evitar dar un paso atrás, tropezar y caer de rodillas detrás del coche, fuera de la vista de Johnny. Iba a darle un buen tortazo al gato cuando oyó otra voz.

–Papá...

Johnny lo cortó.

–Ahora no, Christian.

Gary se quedó inmóvil, con las rodillas contra la grava, escuchando. Nunca se sabe lo que puede acabar resultándole útil a uno.

Christian volvió a hablar.

–He cogido...

–Más tarde, ¿vale?

–Pero solo quería decirte... –Su tono se volvió más agudo, como un lamento.

–Christian. –La voz de Johnny fue categórica como la hoja de una guillotina–. Más tarde. ¿No tienes que ir al trabajo? ¿O es que ya te han despedido?

–No. O sea, sí, no me han echado, pero...

–Pues ve. Sea lo que sea, puede esperar. Nos vemos más tarde.

Gary se levantó y vio el pelo castaño peinado hacia atrás y los hombros hundidos de Christian, que fue caminando pesadamente hacia la hilera de coches aparcados a un lado de la casa. Sabía todo lo que había que saber sobre el hijo de dieciocho años de Johnny a pesar de su ausencia en la cuidadosamente mantenida

página de Instagram de su padre, que estaba repleta de fotos #bendicion de Johnny, su segunda esposa y la niña de un año de ambos. Pero Gary había investigado, y sabía que Christian había sido expulsado recientemente de uno de los colegios más prestigiosos de Inglaterra. También sabía que no era la primera vez que eso había sucedido.

–Bueno, ¿vienes o no?

Johnny hizo un gesto con el brazo, cogió al gato (ahora angelical y ronroneante) y dio un paso atrás para dejar pasar a Gary. El recibidor era cavernoso, con suelo oscuro de caoba y un papel pintado floral verde digno de un *remake* de alguna obra de Jane Austen. Había anchas escaleras de caracol a ambos lados; sabía por los planos que llevaban a una planta con cinco habitaciones, que se sumaban a las otras cinco del ala sur.

Tenía planes ambiciosos para la casa de Fernandez: iba a derribar todas las paredes de abajo y crear un gigantesco espacio que haría que su empresa saliera en *Ideal Home*. Era un diseño totalmente de Gary; su arquitecto, Angus, había presentado la dimisión en una muestra de lealtad equivocada hacia Clio. No lo echaba de menos: aquello le había hecho encontrar su vocación. Siempre había sido más que un constructor, y ahora, sin Clio, no había nadie que lo frenase. Pronto la estética Looking Goode iba a imponerse en todo el país.

–Por aquí.

Gary siguió a Johnny pasando junto a imponentes espejos y puertas que daban a sofás de color crema, mesas oscuras y enormes centros florales. Por fin llegaron a la cocina, donde vio a la esposa de Johnny, Vivienne, en pie en un rincón y mirando el móvil mientras jugueteaba con su pelo con una mano. La mujer habló sin ni siquiera volverse hacia ellos; sus palabras sonaron atropelladas e impacientes.

–Cariño, acaba de llamar otra vez. Es la tercera vez esta semana. Es como... –Agitó la cabeza, sin dejar de mirar la pantalla–. Tenemos que hacer algo con él.

Johnny carraspeó, fue hacia ella y le dio un beso tranquilizador.

–Querida, ha venido Gary.

–Oh.

Ella se volvió por fin. ¿Hizo por un instante una mueca de disgusto? Gary prefirió no pensar en eso. Ni ella ni Johnny podían saber lo que tramaba; había ocultado todo rastro muy bien.

Enseguida la mujer sonrió.

–Perdona. Hablaba de nuestro jardinero. Ya sabes cómo son.

–Desde luego. –Pero no tenía ni idea. Los jardineros eran tirar el dinero. Mejor cubrirlo todo con cemento y listos.

–Soy Vivienne.

Fue como flotando hacia él, todo fragancia y piernas envueltas en vaqueros negros ajustados y con una camisa blanca impoluta. En su garganta brilló un collar. Gary supo que era de diamantes genuinos. Sus largos cabellos caían en cascada por la espalda, tal como a él le gustaba. Él le dedicó una de sus sonrisas más humildes, a la vez que se pasaba una mano por su corto pelo moteado de canas.

–Encantado de conocerte, Vivienne. Gracias por invitarme.

–Cómo no. –La mujer levantó las comisuras de sus labios rojos—. Nos morimos de ganas de conocer tus planes definitivos.

Le refulgieron los ojos oscuros, y él tuvo la repentina sensación de estar atrapado, de que si se volvía hacia la puerta de la cocina esta se cerraría de repente y lo dejaría solo entre víboras o arañas o –Dios no lo quisiera– con la que pronto sería su exesposa. Debía de estar más nervioso de lo que creía. A fin de cuentas, aquel día se jugaba mucho. Si Johnny no le hacía la transferencia del depósito..., en fin. No quiso seguir por ese camino. Lo tenía todo controlado.

–Ven, siéntate y te traigo un café. –La voz cavernosa de Vivienne hizo que la frase sonara como si lo estuviese invitando a un reservado para hacerle un *striptease*. Gary se sentó a la larga mesa de roble con tazas de color naranja de Fernandez Tech y la clase de galletas tan caras que solo se podían comprar en las tiendas más selectas. Contempló la curva de las caderas de Vivienne mientras ella abría el grifo Quooker para llenar la *cafetière*, y se preguntó si algún día también acabaría en la cama de ella. Le gustaría; desde luego que le gustaría. Mucho.

Sacó el iPad, dispuesto a vender el atrevido e innovador diseño

que les iba a cambiar la vida. Modestia aparte, era oro puro, y mostraba a las claras que, de quedarse con su proyecto, las fiestas de la pareja iban a salir a doble página en las revistas más finas del corazón, y que cada uno de sus días sería maravilloso gracias a la visión de él.

–Vale, te escuchamos.

Johnny y Vivienne se sentaron frente a él, junto a un monitor de bebé que mostraba una pequeña silueta despatarrada en una cuna.

–Bear. –Ella siguió la mirada de Gary–. Nuestra pequeña.

–Es preciosa.

No soportaba a los bebés: gritones, tontos y siempre pidiendo. Su limitada experiencia como padre adoptivo de Nina le había mostrado que las adolescentes tampoco le gustaban demasiado.

La pareja se quedó embobada mirando al monitor tanto tiempo que Gary se preguntó si acabarían dándole un abrazo al aparato. Se forzó a sonreír.

–Bueno, ¿empezamos?

–Vale. –Johnny lo miró a los ojos.

Gary cogió aire.

–Seguro que cuando Bear crezca va a querer vivir en una casa que refleje vuestras ambiciones para ella. –Conectó los dos temas a la perfección. Qué bueno era, caramba–. Permitidme mostraros lo que tengo en mente.

Empezó a soltar su discurso, con palabras altas y rápidas. Ellos escucharon con sus rostros inexpresivos. Demasiado inexpresivos. Mientras compartía sus planes de claraboyas y rincones encantadores, de calefacción bajo el suelo y cornisas, notó que algo iba mal. No le estaban transmitiendo nada. Se esforzó aún más, elevando la voz al llegar al final.

–Y esto es todo. Moderno pero clásico, lujoso pero acorde con la historia. El nuevo Magisterio, solo para vosotros.

–No estoy seguro. –Johnny se recostó en su silla y bostezó–. Es un poco básico, ¿no?

Gary apretó discretamente los puños.

–No, no lo es. –Su diseño era brillante; eso le había dicho su chica, Denise–. Son planes ambiciosos, de acuerdo con vuestro estilo

de vida. Tendréis una piscina infinita con vistas a los Downs, un solárium, dos torres y una terraza de trescientos sesenta grados. –Se inclinó hacia delante, sin dejar de sonreír, aunque por dentro el pánico le estaba acelerando el pulso. Necesitaba el depósito ese mismo día. Tenía que pagar sueldos y otras cosas.

Johnny se encogió de hombros.

–No sé. Parece un poco Ikea.

Gary casi escupió el café.

–¿Que qué?

Johnny suspiró.

–Solo es que esperábamos un poco más de ti.

Él se esforzó en no levantar la voz.

–Pero aprobasteis los diseños iniciales que os envié. Creía que ibais a pagar hoy el depósito para poder ponerlo todo en marcha. Tengo trabajadores esperando.

–No podemos decidir ahora mismo. –Vivienne ya había cogido su móvil y estaba navegando por las redes–. Quizá cuando volvamos.

–¿Cuando volváis de...?

–De Londres. Esta noche tenemos un evento de gala.

–Pero... –Gary tenía que salvar la situación–. Me he gastado... –Se detuvo. Por un momento deseó tener a Clio a su lado; ella siempre convencía a todos de cualquier cosa. Pero no. Lo último que necesitaba era a esa desgraciada. Se humedeció los labios reseco-. ¿Y si vuelvo a última hora, después de que hayáis podido pensároslo?

–Te lo hemos dicho: tenemos que irnos. –Johnny se levantó–. Ya te avisaremos.

–¿Cuándo? –Gary sonó como un adolescente necesitado rogando una cita.

–Cuando podamos.

Se acabó el café y se dirigió a la puerta.

Gary tragó saliva. Se recordó a sí mismo que era él quien tenía el poder. Sabía el secreto de Johnny; podía hundirlo solo con una llamada de teléfono. Pero se trataba de la opción nuclear; aún no había llegado a ese punto. Lo que necesitaba era un plan B.

Sin el depósito iba a verse muy presionado. Las cuentas corrientes

de la empresa estaban vacías, no tendría dinero para pagar ese mismo día a los empleados, y encima tenía a varios proveedores persiguiéndole y enarbolando facturas muy atrasadas. Necesitaba unos cien mil en total para tapan agujeros, una nadería para alguien como Johnny, y con eso iba a poder mantenerlo todo a flote hasta conseguir más clientes.

Pero lo que tenía ahora no era un agujero, sino un abismo. Lo que tenía era un problema.

–En fin, gracias por vuestro tiempo. –Se colocó el iPad bajo el brazo–. Por favor, tenedme informado.

De repente le acudió a la vista el rostro de Marg, cuyo pelo gris y chaquetas de punto de cachemir parecían contradecir su fama de castigar sin piedad a cualquiera lo bastante temerario como para no pagarle a tiempo. La semana anterior le había concedido a Gary un préstamo a un interés brutal del cincuenta por ciento. Él tenía hasta las seis de la tarde para hacerle el primer pago, diez mil libras de las que no disponía en absoluto.

Al menos de momento.

Tenía trabajo que hacer.

–No hace falta que me acompañéis a la puerta.

–Adiós, Gary. –Vivienne había cogido una revista y la estaba hojeando. Quedaba clarísimo lo dura que le resultaba la situación–. Mira, es BooBoo –le dijo a Johnny con un grito–. Una vez hicimos juntas una sesión para *Vogue*.

Gary avanzó por el pasillo con el corazón acelerado. Aquello era un obstáculo, pero tenía que mantener la cabeza bien alta. Era Gary Goode. Podía arreglar la situación si actuaba rápido. Se subió al coche y fue hasta la verja de entrada, deteniéndose y sacando la foto obligatoria para su *feed* de Instagram. Escribió un breve texto para sus trescientos cincuenta seguidores sobre nuevas oportunidades. Pronto tendría más. Miles más. Solo era cuestión de tiempo.

Pisó el acelerador y dio la vuelta a la esquina levantando una nube de polvo, tan perdido en sus pensamientos que ni vio el viejo Mini que se le acercaba ni a la persona de pelo oscuro que lo conducía. El coche giró para esquivarlo, pero a Gary no le

importaba estar en el carril incorrecto. No le importaba nada excepto cómo conseguir el dinero que necesitaba.

Sin ni tan solo frenar, levantó el dedo medio hacia el Mini y aceleró aún más. Era Gary Goode, y el mundo entero tenía que dejar de interponerse en su camino de una maldita vez.